

LUIS MARÍA RAVAGNAN: PSICOLOGÍA Y FILOSOFÍA. DEL BERGSONISMO A LA FENOMENOLOGÍA EXISTENCIAL*

Alejandro Dagfal (**)*

Resumen

Este trabajo resume la historia intelectual de Luis María Ravagnan, uno de los autores más productivos de la psicología argentina de mediados del siglo XX. Su concepción de la psicología, íntimamente vinculada con la filosofía, lo diferenciaba claramente de otros autores de su época, más interesados en el psicoanálisis o en los aspectos aplicados de la disciplina. Sin embargo, el rol que desempeñó en la recepción del pensamiento francés en general y de la fenomenología existencial en particular lo situó en una zona de intersecciones que fue fundamental para la construcción de los discursos de la psicología en los años 60.

Palabras clave: Ravagnan, historia de la psicología, fenomenología existencial, psicoanálisis.

* Este trabajo fue iniciado en 1999, gracias a una beca de perfeccionamiento de la UNLP. Su versión final se realizó en 2011, con financiamiento del CONICET.

** Lic. en Psicología, UNLP. Magíster y Doctor en Historia (París VII). Investigador, CONICET. Docente-Investigador en las Universidades de Bretaña Occidental y Lyon I. Docente Profesor Adjunto de Historia de la Psicología, UBA. Ha escrito numerosos trabajos en castellano, inglés, francés y portugués sobre la historia de la psicología, el psicoanálisis y la psiquiatría durante el siglo XX. Autor del libro *Entre París y Buenos Aires: la invención del psicólogo (1942-1966)*, 2009. Edit. Paidós. Bs. As. Autor de *Psychanalyse et psychologie. Paris-Londres-Buenos Aires* (París, Campagne Première). E-mail : adagfal@gmail.com

Abstract

This article summarizes the intellectual history of Luis María Ravagnan, one of the most productive authors of Argentine Psychology around the 1950s. His conception of Psychology, closely related to Philosophy, clearly distinguished him from many of his contemporaries, more interested in psychoanalysis or in applied psychology. Nevertheless, the role he played in the reception of French thought in general and of existential phenomenology in particular placed him in a zone of intersections that was central in the construction of psychological discourse during the 1960s.

Keywords: Ravagnan, History of Psychology, Existential phenomenology, Psychoanalysis

Luis María Ravagnan fue una de las figuras más activas y prolíficas de la psicología argentina durante los años 50 y 60. Profesor de Psicología I en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA entre 1949 y 1957, en el Primer Congreso Argentino de Psicología, en 1954, fue signatario de la declaración de necesidad de crear la carrera de psicología en las universidades nacionales. A partir de 1957 fue profesor de Psicología I, Introducción a la Psicología y Psicología Contemporánea en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP, llegando a ser Jefe del Departamento de Psicología en el año 1964. Durante su gestión se crearía la *Revista de Psicología*, primera publicación específicamente psicológica surgida de las flamantes carreras.¹ Por otra parte, estuvo a cargo de la Dirección de Psicología Educativa y Asistencia Social Escolar de la Provincia de Buenos Aires entre 1956 y 1958, marcando el punto de mayor contacto entre el Ministerio de Educación de la Provincia de Buenos Aires y la Carrera de Psicología de la Universidad Nacional de La Plata, que históricamente habían permanecido separados.

¹ De hecho, casi medio siglo después, a pesar de largas interrupciones y rupturas institucionales, este artículo se publica en la “Segunda época” de esa misma revista, lo cual muestra a las claras la trascendencia de aquella creación.



Luego de recibirse de profesor de Filosofía en 1940 (en el Instituto Nacional del Profesorado), en 1947 nuestro autor se doctoró en Odontología en la Facultad de Medicina de la UBA. Con esas credenciales tan poco ortodoxas, tuvo una colocación privilegiada en los circuitos de la cultura letrada de la capital, donde colaboraba en el suplemento dominical del diario *La Nación*, e incluso llegó a publicar algunos artículos en las revistas *Sur* y *Nosotros*. Profundo conocedor del pensamiento francés, su concepción de la psicología, íntimamente vinculada con la filosofía, lo diferenciaba claramente de otros autores contemporáneos, que en algunos casos provenían del campo médico y se inclinaban hacia el psicoanálisis (como José Bleger) o en todo caso estaban más preocupados por cuestiones aplicadas desde una perspectiva empírica (como Plácido Horas). Solo sobre el final de su obra Ravagnan podría proponer también algunos esbozos de un modelo profesional que, en principio, no surgía de sus preocupaciones eminentemente teóricas.

Su trayectoria intelectual lo llevaría de la obra de Henri Bergson (a quien ya traducía y comentaba en 1937) a la de Maurice Merleau-Ponty, siguiendo el recorrido de muchos intelectuales de su generación, que abrevaron tempranamente en el ideario de Alejandro Korn y Coriolano Alberini para terminar por hacer suyas las modas de la fenomenología y el existencialismo, que triunfaban en la segunda posguerra europea. Del mismo modo en que Korn había introducido en la Argentina el pensamiento de Bergson, treinta años después, Ravagnan construiría su lugar de introductor de la obra de Merleau-Ponty. Ya en 1952, en su tercer libro, *La unidad psicofísica*, ponía de relieve esa vertiente de la fenomenología francesa, del mismo modo que lo seguiría haciendo a lo largo de más de tres décadas, en las que escribió varios libros y decenas de artículos, tanto en publicaciones especializadas como de interés general.

Desde 1927, el filósofo Francisco Romero, uno de sus principales autores locales de referencia, venía anunciando un nuevo clima de ideas respecto de la aprehensión de la experiencia subjetiva, mencionando una serie de teorías convergentes que Ravagnan no podría pasar por alto.

La caracterología, la nueva psicología de los fenómenos superiores, la fenomenología, la “teoría de la forma”,

y no sé cuántas cosas más, tienen el rasgo común de acercarse a la realidad con mayor respeto, con mayor seriedad [que la psicología experimental]. (Romero, 1941: 208)

Por su parte, Eugenio Pucciarelli, otro autor que sería citado por Ravagnan, en 1937—en el mismo número de la revista del Centro de Estudios Filosóficos de la UNLP en que Francisco Romero despedía los restos de Alejandro Korn (de quien ambos habían sido discípulos directos)—, señalaba la confluencia entre el pensamiento de Dilthey y la fenomenología husserliana:

Desde todo lo objetivo, Husserl retrocede hasta las profundidades de la conciencia [...] Este “regreso a la conciencia” de Husserl es manifiestamente afín al “regreso a la vitalidad” (*Lebendigkeit*) de Dilthey. Siguiendo a Brentano, Husserl pone en la intencionalidad la esencia de la conciencia. (Pucciarelli, 1937: 48)

Considerando las referencias de nuestro autor, todo indica que, en el Buenos Aires de los 50, quienes accedían a la fenomenología existencial—cosa que en general se hacía desde la filosofía—, no eran ajenos a la caracterología, la psicología comprensiva y la teoría de la *Gestalt*. Esquemáticamente, así como se ha planteado una versión de la historia de la psicología guiada por un ideal experimental y una vocación objetiva (que se habría iniciado con Fechner y Wundt, para desembocar en Watson y Binet, en el conductismo y la psicología diferencial), podría oponérsele una versión alternativa y paralela—más cercana a la filosofía y a las ciencias sociales—, que con Bergson recusó la cuantificación en los dominios de la conciencia, con Brentano y Husserl, Dilthey y Spranger resaltó el valor de la significación como característica de lo humano—a través de la historia y la cultura—, y que con la *Gestalttheorie* terminó de desprenderse de su lastre atomístico y asociacionista, destacando la irreductibilidad del todo a la suma de las partes.² Esta versión alternativa, en íntima

² Los autores de la *Gestalt* se mantuvieron siempre dentro del terreno experimental, buscando incluso un cierto isomorfismo entre las leyes físicas y las

relación con lo que más tarde sería la fenomenología existencial de Heidegger, Sartre y Merleau-Ponty, es precisamente la que nos interesa destacar en este trabajo. Seguiremos así un itinerario en parte similar al que trazara Jean Hyppolite para el pensamiento francés, en una comunicación presentada en el Primer Congreso Nacional de Filosofía realizado en Mendoza en 1949, que llevaba por título “Du bergsonisme à l’existentialisme” (Hyppolite, 1950). Trataremos de mostrar aquí las particularidades que tuvo ese pasaje en el medio argentino, basándonos fundamentalmente en la extensa obra de Luis María Ravagnan, miembro de un grupo de intelectuales que, tempranamente atravesados por la Reforma Universitaria y la prédica orteguiana, concibieron la psicología de la mano de la filosofía en general y del pensamiento francés en particular.

Percepción y recuerdo

El primer trabajo de Ravagnan, de 1937, titulado *La impresión de “ya visto”*, era en realidad una traducción comentada de un capítulo de *L’Énergie spirituelle*, de Bergson, curiosamente redactada mientras nuestro autor era alumno del Instituto Nacional del Profesorado (en el segundo curso de Psicología).³ A través de sus páginas, Ravagnan demostraba un amplio dominio de la obra del filósofo francés y de la de sus contemporáneos. Con citas eruditas de Sócrates y Aristóteles, presentaba una versión predigerida del pensamiento bergsoniano, ilustrada con el desarrollo del problema de la impresión de lo “ya visto” (o “falso reconocimiento”), que le servía de ocasión para exponer cómo concebía Bergson la relación entre percepción y recuerdo, en vinculación con el impulso vital de una conciencia inmediata, cuya función preponderante era la atención a la vida. De tal modo, a

psicológicas. Sin embargo, su recepción en diversos países (incluyendo Argentina) a partir del problema del sentido, muchas veces los situó en relación con preocupaciones filosóficas e incluso sociales muy alejadas de las concepciones de la psicología como ciencia natural que ellos mismos sustentaban.

³ “Le souvenir du présent et la fausse reconnaissance”. *Revue Philosophique*, 1908. Fue publicado luego en *L’Énergie spirituelle* (pp. 117-161). 21.ª edición, París: Alcan, 1938.

partir del funcionamiento normal de la conciencia, daba cuenta de la ilusión como un “recuerdo del presente”, un recuerdo que mostraba su verdadera estructura, que se subjetivizaba como tal en el mismo momento en que se producía, al lado de la percepción. Así, se veía en la necesidad de explicar cómo la percepción y la memoria no eran más que dos direcciones que tomaba la conciencia en su continuo desdoblamiento a partir del presente, “dos chorros simétricos, de los cuales, uno vuelve a caer hacia el pasado, mientras que el otro se lanza hacia el porvenir” (Bergson, 1937: 29).

Y allí aprovechaba Ravagnan para señalar cómo el filósofo francés se separaba de Spencer y Binet, y del asociacionismo en general, que distinguía la percepción de la imagen (y por lo tanto la percepción del recuerdo) en virtud de la intensidad. Para ellos, el recuerdo no era más que una percepción debilitada por el transcurso del tiempo, mientras que para Bergson percepción y recuerdo nacían simultáneamente, aunque a la conciencia, en su funcionamiento normal, solo le era posible advertirlas de manera sucesiva, ya que la atención a la vida determinaba que la percepción, por su utilidad práctica para la acción presente, apareciera siempre en primer lugar. En consecuencia, en el “falso reconocimiento” (o impresión de lo “ya visto”) el recuerdo se presentaba junto a la percepción por una debilidad de la atención a la vida, por una distracción momentánea de la conciencia que desligaba el presente del porvenir y permitía que el sujeto experimentase una escisión sorprendente de la que usualmente no podía percatarse. Y en este punto rescataba Ravagnan la particular interpretación de Bergson del método patológico: la tarea principal de la psicología no era, como usualmente se postulaba, la de explicar los fenómenos mórbidos que se producían en el enfermo, sino que, por el contrario, debía explicar por qué esos fenómenos no afectaban al hombre sano. En el caso del falso reconocimiento, la explicación estaba dada por la atención a la vida, que funcionaba como una voluntad que, aferrándose a la acción presente, favorecía la adaptación y prevenía la enfermedad, excluyendo de la conciencia el recuerdo naciente por su falta de utilidad.

A lo largo de todo este trabajo, Ravagnan adhería sin reparos al dualismo ontológico bergsoniano –posición de la que se retractaría,

según veremos, quince años después—. En esa dirección, oponía una realidad interior (la de la cualidad pura de la duración bergsoniana), a un mundo exterior conceptual y rígido, caracterizado por “símbolos que empobrecen y esquemas que inmovilizan”. También adscribía a la intuición como método privilegiado para acceder a la realidad interior, “para satisfacer el ansia filosófica de penetrar en las intimidades del objeto” (Ravagnan, 1937: 4).

La elección de Bergson era natural si se considera que, todavía en esa época, Coriolano Alberini era decano de la Facultad de Filosofía y Letras, y el idealismo neokantiano, luego de las últimas visitas de Ortega, se combinaba generosamente con lo que más adelante, retrospectivamente, habría de calificarse de “reacción antipositivista”. En esa dirección, nadie mejor que Bergson había desarticulado los argumentos fisiologistas y mecanicistas de la psicología biológica de principios de siglo, con lo que el autor francés le servía a Ravagnan para polemizar con Spencer y con Ribot, pero también para marcar la distancia que lo separaba, por caso, de Ingenieros, Bunge y Mercante, figuras centrales en el nacimiento de la psicología en la Argentina.

Temperamento y carácter

Ravagnan dedicó otro de sus primeros trabajos a una “Introducción al estudio de la caracterología” (Ravagnan, 1942), que más tarde incluiría en las dos primeras ediciones de su libro *Los métodos de la psicología*, de 1948 y 1951, bajo el título “Temperamento y carácter”, para suprimirlo, de manera sugestiva, en la tercera edición, de 1959. En este artículo, nuestro autor oponía —en términos similares a los que más tarde utilizaría Georges Canguilhem— una psicología aplicada (definida como “un saber interesado que posibilite, en el comercio con las gentes, su dominio y utilización en beneficio personal”) de una antropología filosófica “cuyo interés se dirige primordialmente a la determinación de la esencia y la estructura fundamentales del ser humano” (73). En este sentido, y muy a tono con las tendencias de la época, se proponía esbozar las bases teóricas de “una carac-

terología en sentido estricto, capaz de contribuir al desarrollo de las ciencias del espíritu” (76). Esa caracterología, si bien tenía que incluir consideraciones fisiológicas, morfológicas y fisiognómicas, debía exceder los límites de las clasificaciones generales establecidas por la psicología para enriquecerla “con el aporte de lo concreto y esencial, de lo que existe de peculiar e irreductible en cada conducta humana” (120).

En realidad, Ravagnan trataba de fundamentar una disciplina caracterológica situada dentro del terreno de la filosofía, como una antropología filosófica que permitiría acceder a la subjetividad a partir de sus expresiones objetivas, es decir, del mundo cultural. Y aquí resulta obvia la referencia a Dilthey, con su concepción estructural del hombre y su utilización de “la comprensión” como método privilegiado para “penetrar el sentido del comportamiento individual”. Cinco años antes, en 1937, su futuro amigo y colega, Eugenio Pucciarelli, había publicado simultáneamente una *Introducción a la filosofía de Dilthey* y un artículo sobre la “Psicología de la estructura”, trabajos que habían estado entre los primeros en presentar en la Argentina, de manera muy sistemática, los temas de la comprensión y la hermenéutica como fundamentos de las ciencias del espíritu. Ravagnan, no obstante, siguiendo con cierta libertad a Klages y Scheler, como punto de partida planteaba en ese momento una dualidad psíquico-espiritual en la que lo psíquico, junto con lo biológico, se asimilaban a lo vital. Ya no había un dualismo cuerpo-alma, al estilo cartesiano, sino que ambos términos constituían una totalidad irreductible –ser en sí y ser para sí, según la interpretación scheleriana de Hegel–. Era el espíritu –y no el alma– el que estaba en pugna con la vida, y al elevarse por sobre sus exigencias definía el orden estrictamente humano. A su vez, el dualismo sujeto-objeto se superaba, en clave existencial, “en la fórmula originaria y primordial de un ‘estar en el mundo’”. Esto planteaba para el hombre la disyuntiva de estar en el mundo como *unidad psíquica* (sujeto a las exigencias vitales, “a los impulsos orientados hacia el goce y las alegrías de la vida”, p. 87) o como *ser espiritual* (capaz de realizar un destino regido por valores), y allí residía el problema fundamental de este trabajo que, en términos netamente morales, daba todo su

sentido a la oposición kantiana entre temperamento y carácter. Para ilustrar esa oposición, Ravagnan hacía un somero recorrido por la psicología individual de Adler y las tipologías de Kretschmer y Jung, para terminar acordando con las posiciones de Mc Dougall.

El temperamento es, pues, exteriorización de modalidades psíquicas; la resultante natural del complejo anímico-corporal donde resuena el clamor incesante de la vida [...] El hombre psíquico como tal es el esclavo de sí mismo y, en este sentido, hablar del alma humana es mentar el momento más estricto de la individualidad, reducida a sus últimos límites y ajena a toda actitud desinteresada. (Ravagnan, 1942: 93-94)

El temperamento expresaba así la relación entre lo psíquico y lo corporal, que se realizaba a través del elemento humoral aportado por las glándulas de secreción interna. Por otra parte, existía además “una constancia biológica entre la morfología corporal y el psiquismo” (98), cuya correlación se establecía precisamente a través de la acción de las hormonas, que se encargaban de armonizar la apariencia externa con su correspondiente tipo psicológico.

De todo esto resulta que, en última instancia, el temperamento es patrimonio del hombre que padece. Padece su cuerpo y las influencias del medio, y sus presuntas acciones voluntarias están determinadas por móviles que emergen del fondo vital (Ravagnan, 1942: 108).

Pero el hombre de carácter, sujeto libre a fin de cuentas, podía trascender este plano meramente vital e individual y sustraerse del influjo de la economía de la vida, lo cual equivale a decir que podía exceder los límites del temperamento, del “yo psíquico”, para emprender la ruta de los valores que lo encaminaban hacia el “yo espiritual”. En consecuencia, para Ravagnan, el carácter terminaba identificándose con la libertad misma, y aquí se oponía tenazmente a Ortega y Gasset, quien había sugerido que el hombre que por fuerza de voluntad se apartaba de su destino “falsificaba su vida”.⁴

⁴ Ortega y Gasset, J. (1932). *Goethe desde dentro*. Madrid: Ed. Revista de Occidente, 10-11 (citado por Ravagnan, 1942: 114).

Lejos de adherir a esa interpretación, para Ravagnan, en términos bergsonianos, el carácter significaba una constante conquista de la libertad, “un forjar cada acto en el yunque de la autenticidad” (115), donde cada intención debía expresar la totalidad de la persona. A su vez, esta última se oponía al individuo aislado, egocéntrico y temperamental, ya que no reposaba sobre arcaicos fundamentos vitales, sino que sintetizaba “la unidad indisoluble del hombre que afirma su autonomía y somete el clamor de los impulsos naturales como somete al esclavo su amo y señor” (115). Siguiendo una vez más a Kant, terminaba por adoptar su definición exaltada del hombre de carácter, que lo ensalzaba como un “varón de principios, de quien se sabe seguro lo que se ha de esperar, no por parte de su instinto, sino de su voluntad” (183).

En resumen, para nuestro autor el yo se encontraba en una encrucijada en la cual debía optar entre pares antitéticos (como el carácter y el temperamento, la persona y el individuo, la vida social y el egocentrismo, los impulsos vitales y los valores, la sujeción y la libertad) que en última instancia remitían a la pugna originaria entre la vida y el espíritu. En este sentido, la psicología, frente a la filosofía, aparecía moralizada negativamente y por partida doble: por un lado, como disciplina al servicio del control social, por el otro, como dedicada a las exigencias de la vida, a la “celda psicovital”, mientras que la antropología filosófica podía ocuparse de los elevados valores del espíritu que estaban en juego en el problema del carácter. Por otra parte, Ravagnan agregaba que la caracterología debía exceder “los estrechos puntos de vista de la psicología escolar, emancipándose en primer término de los abominables ensayos de laboratorio” (119). Resulta evidente que, en este momento, trataba de fundamentar una disciplina caracterológica que, situada por coordenadas filosóficas, sirviera como alternativa a la psicología experimental –e incluso a la psicometría– y que pudiera dar cuenta “de la realidad del ser humano *como un todo* frente al mundo” (119).

A partir de lo anterior, no resulta extraño que dieciséis años después (cuando ya se encontraría claramente posicionado como un actor encumbrado dentro del campo académico de la misma psicología que tanto había criticado) iba a suprimir ese trabajo en la tercera

edición de su libro *Los métodos de la psicología*, de 1959. El lugar de privilegio que antes había tenido la caracterología sería cedido entonces a la psicología comprensiva y a la teoría de la *Gestalt*.

Forma y estructura

La primera edición de *Los métodos de la psicología*, destinada a los “estudiantes” de la disciplina, apareció en 1948, aunque su contenido ya había sido publicado en 1945, por entregas, en la *Revista de Educación* de La Plata. En realidad, más que una simple revisión metodológica, Ravagnan planteaba allí toda una historia de la psicología a través de sus métodos. Esa historia, organizada según el esquema propuesto siete años antes por el filósofo Francisco Romero (Romero, 1941), se dividía en dos grandes ramas. Por un lado, había una “faz experimental”, que se iniciaba con la psicofísica y la psicofisiología de Fechner y Wundt, se continuaba en Freud, Binet y la Escuela de Würzburg, y culminaba con su expresión más acabada en la teoría de la *Gestalt*. Por otra parte, había una rama de “las grandes concepciones”, que incluía un primer grupo, de raíz naturalista (donde tenían cabida el atomismo, el asociacionismo y el evolucionismo) y un segundo grupo, destinado únicamente a la psicología comprensiva iniciada por Dilthey y desarrollada por Spranger.⁵ De este modo, la *Gestalt* y la psicología comprensiva aparecían como el punto de llegada de un relato en el que el método experimental y el estudio de la conducta quedaban relegados frente a una pluralidad de métodos y objetos tales como la observación, el análisis, la intuición, la introspección, la experiencia, la forma y la estructura.

Se trataba en efecto de una historia muy particular, en la que el psicoanálisis y el conductismo, por caso, merecían escuetas referencias, mientras que Ribot, Bergson y Binet eran citados *in extenso*. El psicoanálisis, curiosamente definido como método experimental,

⁵ En realidad, el esquema de Romero no hablaba de “ramas”, sino de “etapas” y “momentos”, por lo que se destacaba aún más ese sesgo evolutivo que puede apreciarse en el ordenamiento de Ravagnan.

era desarrollado en apenas una página, y el conductismo era presentado someramente como la culminación de la psicología objetiva de Bechterev y Pavlov. Por oposición a las historias canónicas de la disciplina, de origen anglosajón –como las de Boring o Brett–, nuestro autor ponía de relieve una trama mucho más compleja, en la que no se privaba de subrayar la importancia del pensamiento europeo en general y francés en particular, donde la tradición psicopatológica y las ideas filosóficas tenían un lugar preponderante. Así, accedía a la psicología alemana por referencias de segunda mano, explicando a Herbart a partir de citas de Ribot (1932), o comentando a la Escuela de Würzburg a través de una obra de Burloud (1927). Incluso cuando mencionaba al mismo Spencer, lo hacía citando una síntesis de Howard Collins (1894), que previamente había sido traducida al francés.

Finalmente, siguiendo a Pucciarelli, nuestro autor presentaba la psicología comprensiva y la psicología de la *Gestalt*, tratando de definir las y diferenciarlas. El concepto de “estructura”, tal como lo habían entendido Dilthey y Spranger, permitía englobar la vida psíquica como una totalidad, como “un proceso continuo y articulado”, comprensible a partir de los conceptos de “sentido”, “valor” y “finalidad”. A su vez, para ellos, las estructuras presentes en los sistemas culturales no eran más que proyecciones de las estructuras psíquicas. Por lo tanto, la psicología comprensiva, que se dedicaba al estudio de los actos espirituales superiores, quedaba incluida dentro de las ciencias del espíritu, y no entre las ciencias naturales, donde pretendía ubicarse la *Gestalttheorie*. En esta última, no obstante, Ravagnan encontraba varios puntos de contacto con la psicología comprensiva. Repasando las teorías de sus principales exponentes, Wertheimer, Köhler y Koffka, resaltaba la filiación aristotélica de la máxima que establecía la anterioridad del todo con relación a las partes. Sin embargo, el concepto de “forma” aludía en esa teoría a complejos perceptivos parciales (ópticos, acústicos, etc.), en los que los fenómenos constitutivos estaban condicionados por la disposición del todo. Así, la mínima estructura perceptible remitía siempre a una relación en la que la cualidad de una figura se recortaba a partir de un fondo uniforme. En este dominio, los métodos privilegiados

eran la experimentación y el análisis aplicados al problema de la percepción, lo cual se compadecía con la posibilidad de encontrar *Gestalten* ya no sólo en la vida anímica, sino también en los dominios de la física y la fisiología.

En resumen, las “modernas nociones de forma y estructura” le permitían a nuestro autor emancipar la disciplina psicológica de sus antiguas ataduras a los métodos de las ciencias naturales, incorporando una dimensión significativa que, más que viejas prácticas de laboratorio, requería una nueva hermenéutica.⁶ La psicología quedaba situada entonces, de pleno derecho, en una zona de problemas que la acercaba a la filosofía, pero también a la historia y a las ciencias sociales. A partir de una concepción que diferenciaba claramente el hombre del animal, en virtud del orden simbólico –nutriéndose una vez más de autores como Cassirer y Max Scheler–, Ravagnan se aprestaba a dar sus primeros pasos en los dominios de la fenomenología.

Cuerpo y psique: la introducción de Merleau-Ponty

Ya desde 1951, siguiendo a Messer (representante de la escuela de Würzburg), Ravagnan planteaba que “la psicología no puede prescindir de la realidad corpórea” (Ravagnan, 151: 158). Consideraba entonces que el cuerpo estaba estrechamente unido con el alma en una “comunidad de existencia”, formando con ella una “totalidad psicofísica”. Sin embargo, en esa época todavía sostenía un dualismo ontológico según el cual afirmaba la existencia de “dos especies de realidades”: la realidad anímica y la realidad corporal. Un año después, empero, en su pequeño libro *La unidad psicofísica* (1952a), cambiaría radicalmente de posición. Allí, junto con las tradicionales citas de Max Scheler, Bergson y Burloud, aparecían por primera vez las referencias a Maurice Merleau-Ponty y a Jean-Paul Sartre. Y es precisamente Merleau-Ponty quien le permitiría –a partir de ese momento y hasta el final de su obra– recusar el dualismo cartesiano. Sin embargo, las referencias a Merleau-Ponty y a Sartre no

⁶ Ver las salvedades que se plantean en la nota 2 respecto de la *Gestalt*.

dejaban de convivir con citas a Burloud, quien seguía rescatando las teorizaciones Janetianas, ribotianas y bergsonianas.

De este modo, se conformaba una matriz de pensamiento ecléctica y heterogénea, donde Ravagnan podía empezar a poner de relieve las ideas de una nueva generación de pensadores sin que ello fuera obstáculo para que rescatara también el pensamiento de las figuras que dicha generación acababa de impugnar. Así, al lado de los tres planos de significación (materia, vida y espíritu) que definía Merleau-Ponty en *La Structure du comportement*, estaba “la unidad psicofísica” planteada por Max Scheler (como identidad del alma y del cuerpo) pero también “la duración” bergsoniana. Aunque Ravagnan reconociera el “error dualista” en la psicología de conciencia de Bergson, no dejaba de mantenerlo como una referencia fundamental que se negaba a abandonar definitivamente. En todo caso, era claro que su preocupación por la psicología de conciencia había sido reemplazada por el problema del cuerpo, en tanto que “encarnadura” de esa conciencia en una situación témporo-espacial determinada.

Utilizando categorías propias de la generación de filósofos franceses de los años 30, quizás podría decirse que, a principios de los 50, Ravagnan, como muchos otros, comenzaba a realizar el pasaje de una filosofía “idealista” a una filosofía más “concreta”, pero no por ello menos académica. Por otra parte, como él mismo lo sugería en otro artículo, empezaba a abandonar una antropología filosófica y una caracterología preocupadas por las esencias para abrazar una psicología fenomenológica enclavada en la existencia (Ravagnan, 1952b). En esa misma línea, dos años después (en un trabajo presentado en el Primer Congreso Argentino de Psicología), nuestro autor diría:

Si el programa de la psicología consiste en la interpretación de la conducta humana, dicha tarea consiste en la penetración de cada existencia singular. Aún cuando esta disciplina no pueda prescindir de una formulación de esencias, es propósito genuinamente suyo la comprensión de la originalidad de las existencias. Y ésa es, sin duda, su más legítima tarea. (Ravagnan, 1956a)

Esta “legítima tarea” de la psicología conducía directamente al problema del cuerpo, que para Merleau-Ponty era el único modo de acceder al mundo humano, y por ende a la singularidad de la existencia. En este punto, a partir de su concepción del cuerpo, cabe caracterizar la fenomenología existencial de Ravagnan, quien siguiendo a Merleau-Ponty se diferenciaba de las posiciones de Heidegger y Sartre. En primer lugar, el cuerpo en cuestión no era un cuerpo sufriente, desgarrado por la existencia (la carne que adquiriría su sentido ante la inminencia de la muerte). Tampoco era un cuerpo “en sí” que solo como objeto de la mirada del otro podía acceder al “para sí” (por esa vertiente de las ideas sartreanas Ravagnan encontraba un residuo de dualismo). Más bien por el contrario, se trataba de un cuerpo “totalizado”, unido por el movimiento de la existencia, donde lo psíquico y lo fisiológico se confundían sin solución de continuidad. Un cuerpo vivo y vivido, un cuerpo sujeto de la percepción (“mi punto de vista acerca del mundo”, diría Merleau-Ponty en 1945, en la *Phenomenologie de la perception*), un cuerpo trascendente, lanzado hacia el mundo. No era un cuerpo “para el otro” sino un cuerpo “con el otro”.

Merleau-Ponty había accedido a la *Fenomenología del espíritu* de Hegel gracias al ya legendario curso de Kojève, al que había asistido con sus compañeros de generación: Lacan, Bataille y Koyré, entre varios otros (Roudinesco, 1994: 149). Naturalmente, a partir de la gran impresión que las enseñanzas de Kojève causaron en todos ellos, su lectura de la dialéctica hegeliana y su propia concepción de la dialéctica no podían más que inspirarse en la lucha a muerte del amo y el esclavo:

Decir que tengo un cuerpo es, pues, una manera de decir que puede vérsese como un objeto y que quiero que se me vea como sujeto, que el otro puede ser mi amo o mi esclavo, de modo que el pudor y el impudor expresan la dialéctica de la pluralidad de las conciencias y poseen una significación metafísica. Lo mismo diríamos del deseo sexual [...]. (Merleau-Ponty, 1945: 184)

Sin embargo, su idea de la intersubjetividad no se basaba en la dialéctica del amo y el esclavo –como en el caso de Sartre– ya que la consideraba un callejón sin salida. La intersubjetividad, tomada más bien de Husserl, no era el resultado de la lucha a muerte por el reconocimiento, sino que se apoyaba en la coexistencia, en la solidaridad y en la posibilidad de comunicación entre los hombres. En todo caso, si la existencia implicaba conflictos, estos no residían tanto en la relación intersubjetiva como en la necesidad de superación de todo sujeto, que se veía confrontado a las limitaciones de una situación concreta. La dialéctica no implicaba una reducción de la historia a la conciencia, no era una relación entre pensamientos contradictorios, sino más bien “la tensión de una existencia hacia otra existencia que la niega, y que, sin embargo, no se sostiene en ella”. Por ello, para Merleau-Ponty, la metafísica, como “más allá de la naturaleza”, no se ubicaba a nivel del conocimiento, sino en todas partes, con la “apertura al otro” (Merleau-Ponty, 1945: 184).

Si la utilización del concepto de “dialéctica” en Merleau-Ponty no resulta del todo transparente, Ravagnan fue aún más lejos, llegando incluso a rechazarlo de plano. En una reseña del libro de Kurt Goldstein, *La Structure de l'organisme*, diría: “El hombre [...] constituye un todo estructurado, cuyos procesos se derivan a partir de aquella trama solidaria que únicamente una dialéctica puede desmembrar, con la consecuente pérdida y riesgo que entraña toda disección” (Ravagnan, 1959d). Para él, toda la dialéctica se reducía a la versión sartreana (y por ende kojèveana) de la lucha del amo y el esclavo, a un “duelo de miradas” con el que claramente disentía. Por otra parte, en la obra de Ravagnan, salvo algunas excepciones, la dialéctica no aparece como una noción totalizadora, tendiente a una síntesis, sino como una operación racional y analítica. En consecuencia, el intelecto “en función dialéctica” erigía límites y fronteras, era un pensar objetivo que amenazaba la simbiosis original, el “ser con los otros” de la experiencia vivida (Ravagnan, 1965b: 29). Resulta curiosa esta dificultad de Ravagnan para aprehender el carácter multívoco del concepto de dialéctica, tanto más cuanto que Merleau-Ponty lo había utilizado a lo largo de toda su obra, y no precisamente en un sentido intelectualista o analítico. Quizás se debiera en realidad

a la imposibilidad de adoptar categorías extraídas de Hegel, cuyo pensamiento, apropiado por el marxismo, nunca había sido bien acogido en los medios académicos franceses ni argentinos. Sea como fuere, la dialéctica no era para Ravagnan una noción que pudiera dar cuenta de la totalidad mente-cuerpo, de la “unidad psicofísica”, sino todo lo contrario.

En este punto, Kurt Goldstein (que a la sazón era primo de Ernst Cassirer), a través de su concepto de “espíritu” le servía tanto para salir del atolladero de la dialéctica como para superar dos de sus antiguas referencias: Klages y Scheller. Las interpretaciones de estos últimos, que en cierto modo oponían el espíritu al alma (y por consiguiente a la vida) no dejaban de ser, finalmente, dualistas. En cambio, en Goldstein, nuestro autor no encontraba ese antagonismo, sino un reconocimiento de diferentes “formas” de realización del hombre en el vaivén de su existencia. “No hay una negación de la naturaleza, como en Scheller, sino una toma de conciencia de la tensión que subyace a los conflictos, a la lucha del organismo y del mundo” (Ravagnan, 1959d). Sin embargo, aunque aquí Ravagnan hablara en términos de “tensiones”, “conflictos” y “lucha” –cosa poco habitual en él–, no por ello se decidía a abrazar una concepción dialéctica. En todo caso, tampoco resulta evidente cómo hacía nuestro autor, en última instancia, para dar cuenta del origen de ese conflicto (que él mismo reconocía como histórico) y de la posibilidad de una “toma de conciencia”, sin recurrir a nociones dialécticas.

Durante el período que va de 1954 a 1960, Ravagnan escribió varios artículos y dictó numerosas conferencias en los cuales presentaba la obra de Merleau-Ponty ante públicos diversos. Al mismo tiempo, en todos esos frentes construía su lugar de enunciación como “el” especialista en Merleau-Ponty en la Argentina, a la par que escalaba posiciones en su carrera académica.⁷ Así, en 1956, se haría cargo de la Dirección de Psicología Educacional y Asistencia Social Escolar

⁷ Según vimos, ya en 1954, en el Primer Congreso Argentino de Psicología, había presentado un trabajo sobre “Conducta y dinámica corporal” (Ravagnan, 1956). A su vez, en ese importante evento, fue uno de los signatarios de la declaración de necesidad de crear la carrera de psicología en las universidades nacionales, en una época en la que todavía estaba a cargo de la cátedra de Psicología I en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA (en la que era profesor titular desde 1949).

de la Provincia de Buenos Aires, una dependencia del Ministerio de Educación (ministerio que a su vez editaba la *Revista de Educación*, en la que Ravagnan iba a contribuir con asiduidad).⁸ Entre 1956 y 1958, período en que estuvo a cargo de esa Dirección (heredera de la antigua Dirección de Psicología Educacional y Orientación Profesional), se interesó por primera vez en cuestiones vinculadas con el ejercicio profesional, por lo que publicó artículos sobre temas tales como “La formación del psicólogo educacional” (1957b) la “Asistencia médico-psicológica de la minoridad” (1958b) y “El niño que delinque” (1958d). Del mismo modo continuó demostrando su interés por los temas más propiamente fenomenológicos en la reseña “Maurice-Merleau Ponty: *La Structure du comportement*” (1957d) y en “Acerca del esquema corporal” (1958c).

En estos dos últimos trabajos, como era de esperar, se dedicaba a comentar la obra del filósofo francés. En el primero de ellos, presentaba sucintamente la tesis de Merleau-Ponty, de 1942. Allí hacía hincapié en la crítica de las tradicionales teorías del arco reflejo del conductismo y la reflexología, “superando las cuales se erigen las nuevas teorías estructuralistas”. Una vez más, Ravagnan tomaba a la *Gestalttheorie* y a Goldstein, citados por Merleau-Ponty, para impugnar el atomismo de las concepciones mencionadas. El reflejo, más que una reacción específica ante un estímulo determinado, implicaba una respuesta global del organismo, que necesitaba darle significación a ese estímulo antes de ser capaz de reaccionar. En tal sentido, la excitación misma era ya una forma de respuesta, que implicaba que una situación particular se había transformado en un estímulo significativo. Por otra parte, distinguía tres órdenes de significación correspondientes a la materia, la vida y el espíritu (y por consiguiente a la física, la biología y la psicología, respectivamente), regidos por

⁸ La “nueva serie” de la *Revista de Educación* había sido iniciada en 1956 por Arturo Marasso, como órgano del Ministerio de Educación de la Provincia. La revista no dudaba en declararse heredera de los *Anales de la Educación Común* fundados por Sarmiento en 1859. Los temas de interés para esta publicación mensual, que se pretendía “moderna”, contemplaban la literatura, la filosofía y, muy a menudo, la psicología, además de cuestiones estrictamente pedagógicas. En tal sentido, aparecían artículos dedicados al existencialismo e incluso a las corrientes epistemológicas “no racionalistas” (incluyendo referencias a Bachelard y traducciones de su discípulo Canguilhem).

tres tipos de estructuras, a saber: la cantidad, el orden y el valor. Cada uno de los tres órdenes de significación, que eran en realidad “categorías universalmente aplicables”, estaba integrado en diversa medida por los tres tipos de “estructuras del comportamiento”. Se superaban así las antinomias entre materialismo, vitalismo y espiritualismo, entendiendo la estructura como una “forma” desprendida de su lastre materialista, y el comportamiento como un concepto “neutro” respecto de la biología y la psicología.

En definitiva, no era el arco reflejo el que permitía un nuevo abordaje de la conducta (de la cual no era más que un fragmento artificialmente seccionado), sino la noción de estructura, que remitía a una totalidad de sentido. En cuanto al segundo artículo, se basaba en la *Phénoménologie de la perception* para dar cuenta del esquema corporal como una “forma dinámica” (también en el sentido de una *Gestalt*) solidariamente estructurada. No se trataba de “un ensamblaje” de sistemas propioceptivos, vestibulares, kinestésicos y táctiles, ni de una serie de representaciones vinculadas al sentimiento, sino de “una entidad psicofísica fundida en el mundo, inmersa en una situación compuesta por objetos y prójimos”.

En 1957 fue nombrado profesor adjunto de Ángel Garma en la cátedra de Psicología I, en la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata, dictando las unidades referidas a la psicología fenomenológica y a la *Gestaltheorie*.⁹ Ese mismo año formó parte de la comisión especial que ideó el proyecto de creación de la Carrera de Psicología en esa casa de estudios. Una vez creada la carrera, pasó a ser titular de las cátedras de Introducción a la Psicología, en 1958, y de Psicología Contemporánea, en 1961. En sus programas ponía de relieve temas tales como “la superación del dualismo tradicional”, “la estructura del organismo”, “la unidad de los sentidos” (Ravagnan, 1958e), o “la psicología francesa contemporánea”, “el desarrollo de la fenomenología”, “el problema del cuerpo” (Ravagnan, 1961a).

En 1959, volvió a publicar en el suplemento cultural del Diario *La Nación*, para el cual ya había escrito varios artículos a fines de

⁹ Si nos atenemos a lo que expondremos en el apartado siguiente, resulta más que extraña esta colocación de Ravagnan al lado de Garma, quien supuestamente representaba la “ortodoxia” del psicoanálisis que él más criticaba.

los 40.¹⁰ Esta vez, algunos de los temas elegidos fueron “Maurice Merleau-Ponty y la psicología fenomenológica” (1959a), “El concepto de espíritu en Kurt Goldstein” (1959b) y “El sueño y la existencia” (1960c). Por otra parte, en esa época multiplicaba sus apariciones en emisiones radiales (Radio Provincia y Radio Universidad de La Plata) y dictaba conferencias en lugares tan dispares como el Instituto Francés de Estudios Superiores, la Sociedad Argentina de Parapsicología y la Escuela Superior de Guerra. Finalmente, en 1960, Ravagnan fue convocado por Jaime Bernstein, de la editorial Paidós, para escribir el capítulo dedicado a Merleau-Ponty en la versión castellana de *Psicologías del siglo XX*, de Edna

Heidbreder. Era la confirmación de que, luego de semejante despliegue, al menos desde el campo de la psicología nuestro autor había sido finalmente reconocido como palabra autorizada en lo que se refería al fenomenólogo francés.

Fenomenología y psicoanálisis

La actitud de Ravagnan hacia el psicoanálisis fue siempre muy ambigua, entre un reconocimiento un poco forzado por “el espíritu de los tiempos”, una indiferencia respetuosa y una crítica lisa y llana. Ya hemos señalado que no parecía ser un gran conocedor de la obra de Freud, y que sólo le había dedicado una página de su libro *Métodos psicológicos*. Del mismo modo, en su primer programa de Psicología Contemporánea, en 1961, apenas si incluía el psicoanálisis como una escuela entre tantas otras: “la Escuela de Viena” (Ravagnan, 1961a). Sin embargo, defendía un psicoanálisis

¹⁰ En las páginas de ese suplemento distintas editoriales publicaban sus últimos libros. Por ejemplo, junto a un artículo de Ravagnan sobre Merleau-Ponty, Paidós anunciaba posposamente la aparición del manual de psicología de Paul Guillaume (antecesor de Daniel Lagache en la cátedra de Psicología General de la Sorbona), como “uno de los mejores manuales que se han escrito en nuestra época en cualquier idioma”. La versión castellana había sido prologada por Marcos Victoria, primer director de la Carrera de Psicología de la UBA (La Nación, 29 de marzo de 1959). Esto da cuenta de la existencia, ya en ese momento, de un público ávido de este tipo de lecturas académicas.

existencial ligado a las posiciones binswangerianas o sartrianas, y no sólo a las de Merleau-Ponty. A su vez, daba la bienvenida a la “psicología existencial” norteamericana de Gordon Allport y Rollo May, que “con singular retraso” se había hecho eco de los aportes de las escuelas francesas y alemanas, superando “entre otras deficiencias, el abuso de la esquematización y la estadística” (1965b: 34). Consecuente con lo anterior, diferenciaba dos tendencias psicoanalíticas: una “empírica” y una “existencial”. La primera –la más fiel a los textos freudianos, agregamos nosotros– buscaba la raíz de los conflictos presentes en traumas del pasado, y los explicaba en razón de una teoría del inconsciente y una teoría de las pulsiones. La segunda, en cambio, aspiraba a comprender la conducta humana en función de una dimensión prospectiva, de un proyecto original dependiente de la conciencia y la libertad de cada individuo. Mientras que el psicoanálisis ortodoxo se apoyaba en categorías universales (como el complejo de Edipo) y nociones causales (representaciones latentes y eficaces), el psicoanálisis existencial consideraba cada conflicto como “un irreductible”, ya que su sentido era inherente a cada hombre, según su trayectoria y sus propósitos. Por supuesto que Ravagnan se identificaba con esta postura existencial, para la cual no había nada que buscar más allá de los fenómenos mismos. Por otra parte, es evidente que no simpatizaba en absoluto con el psicoanálisis ortodoxo, que se oponía término a término a sus íntimas convicciones sobre la libertad humana.

Para precisar las operaciones de lectura de Ravagnan, cabe aquí una digresión respecto de las posiciones del propio Merleau-Ponty en relación con el psicoanálisis (en particular, en su *Fenomenología de la percepción*, de 1945). Como toda su generación (desde Sartre hasta Lacan, pasando por Levi-Strauss y Canguilhem), Merleau-Ponty estaba atravesado por el psicoanálisis y el marxismo. Para él, así como Freud había ampliado los alcances de la noción de sexualidad, el materialismo histórico había ampliado la significación de la economía. Sin embargo, no se trataba de explicar la vida a través de la sexualidad, sino de reintegrar el sexo a la existencia. De igual manera, no se trataba de explicar la historia de las ideas a través de la economía, sino de reintegrar esta última a una historia de la existencia social. No estaba en

juego, en ninguno de los dos casos, una causalidad lineal o mecánica. En ese sentido, entendía la noción freudiana de sobredeterminación como un reconocimiento *de facto* de que los síntomas tenían múltiples “razones de ser”, que concernían al hombre como conciencia y como libertad, y no solo como a “un haz de instintos”. Respecto del concepto de inconsciente, como todos los fenomenólogos, tuvo una posición crítica. En 1951, según destaca Vincent Descombes (1988), propuso reemplazarlo por la “ambigüedad de la conciencia” en los términos en los que la concebía la teoría de la *Gestalt*, como “un saber no reconocido, no formulado, que no queremos asumir [...]”. Aquí Freud está a un tris de descubrir lo que otros han llamado con más acierto *Percepción ambigua*” (Merleau-Ponty, 1960: 291).¹¹ Sin embargo, siguiendo al Politzer de la *Critique des fondaments de la psychologie*, por un lado, y al Binswanger de *Ueber Psychotherapie*, por el otro, Merleau-Ponty llegaba a la conclusión de que era erróneo pensar que el psicoanálisis se oponía al método fenomenológico. Más bien por el contrario, entre otras cosas, la fenomenología debía a Freud la máxima de que “todo acto humano tiene un sentido” (en “Introducción al psicoanálisis”). A su vez, el propio Freud, en su trabajo concreto, no hacía más que reintegrar los síntomas, sueños y lapsus de los pacientes a la existencia de la cual habían sido cercenados por la neurosis. En efecto, la cura se debía más a un “paso existencial”, a una recuperación de la libertad del ser en situación (en la que todo el cuerpo estaba comprometido), que a una toma de conciencia intelectual. Y la sexualidad estaba entrelazada en esa existencia, de manera tal que no podían discriminarse causas sexuales de causas no sexuales, como tampoco podía separarse lo que venía de la naturaleza de lo que tenía su origen en la libertad.

¹¹ Curiosamente, más de diez años después (luego de los ásperos debates entre fenomenólogos y estructuralistas en el Coloquio de Bonneval), en ocasión de la aparición de *Lo visible y lo invisible* –libro póstumo de Merleau-Ponty–, su antiguo amigo, Jacques Lacan, diría en su seminario algo muy similar. Según él, entre sus teorías y las de Merleau-Ponty habría habido una “coincidencia feliz” sobre cómo situar la conciencia en la perspectiva del inconsciente. En resumen, siguiendo la lógica de las citas, habría que pensar que Freud había estado “a un tris” de llegar a una noción de inconsciente similar a la de la *Gestalt* y a la de Merleau-Ponty, quien a su vez estuvo “a un tris” del concepto de inconsciente de Lacan, al menos en su modo de relacionarlo con la conciencia (Lacan, 1964).

Si la historia sexual de un hombre da la clave de su vida, es porque en la sexualidad del hombre se proyecta su manera de ser respecto del mundo, es decir, respecto del tiempo y respecto de los demás hombres [...] El psicoanálisis representa un doble movimiento del pensamiento: por un lado insiste en la infraestructura sexual de la vida; por el otro, “hincha” la noción de sexualidad hasta el punto de integrar a ella toda la existencia. (Merleau-Ponty, 1945: 175)

En esta cita de inspiración hegeliana, Merleau-Ponty expresa una relación recíproca, una interpenetración dialéctica entre “el drama sexual” y la existencia. Esta última no posee atributos fortuitos, por lo que nada hay en ella “que no contribuya a darle su forma”, y menos aún el cuerpo o la sexualidad. De este modo, en el hombre, todo es necesidad, en la medida en que no habría ninguna función de la que pudiera prescindir. Al mismo tiempo, en él, todo es contingencia, ya que está condenado a enfrentarse a “los azares de su cuerpo objetivo”, a sus limitaciones, a su ambigüedad. El hombre es “una idea histórica, no una especie natural”, y la existencia es aquello que realiza el pasaje incesante de la contingencia a la necesidad en una “situación de hecho”. Y esta situación es claramente intersubjetiva.

A partir de esta resignificación de la herencia de Freud, puede entenderse mejor el hecho de que Merleau-Ponty hubiera sido uno de los primeros introductores del kleinismo y del annafreudismo en las universidades francesas, merced a su enseñanza en la cátedra de Psicología del niño de la Sorbona, entre 1949 y 1952. Sería justo reconocer que, pese a sus críticas, Ravagnan también rescataba algunos elementos de Freud, como los aspectos dinámicos de su segunda tópica—lo que él llamaba “la psicología profunda”—, en virtud de su concepción de la vida psíquica estratificada por niveles.¹² Esa estra-

¹² Cabe remarcar que esta apelación de “psicología profunda”, que en nuestro país estuvo tan de moda hasta la ola estructuralista de los años 70, entraba en franca contradicción con las ideas de Merleau-Ponty. El filósofo francés había planteado la necesidad de desustancializar tanto la conciencia como el inconsciente, que Bergson y Freud, respectivamente, habían dotado de contenidos.

tificación le permitía concluir que “si la pura conciencia no agota las significaciones de la vida psíquica cuyas raíces alcanzan los planos profundos, y si dicha vida psíquica está inmersa en un cierto campo que incluye a ella misma y a su situación, el estudio de la conducta debe abrazar todas esas instancias” (Ravagnan, 1958a: 96-97).

Para Ravagnan, en consecuencia, el estudio de la conducta reclamaba una “visión multidimensional”, que superara las psicologías “en primera y tercera persona”, es decir, las psicologías centradas en la conciencia y las psicologías con pretensiones de objetividad. Una de las vías para esta superación era una psicología en segunda persona que se centrara “en la relación existencial entre el Yo y el Tú”, poniendo en evidencia la importancia de la situación y, por ende, de la sociedad.¹³ Finalmente, Ravagnan terminaba por dar un nombre a esta concepción de la conducta que combinaba la investigación sistemática del campo inmediato con el enfoque genético de la experiencia vivida: psicología clínica.

La psicología clínica

La psicología clínica, para nuestro autor, no era en principio una rama más de la psicología, sino un “movimiento” coherentemente desarrollado a partir de “la acumulación” de los hallazgos de diversas escuelas psicológicas (Ravagnan, 1960a: 75-76). Este movimiento había sido iniciado en Estados Unidos por Lightner Witmer, un discípulo de Wundt, que en 1896 fundó una “clínica psicológica” destinada a la rehabilitación de anormales, al mismo tiempo que presentó ante la American Psychological Association su proyecto de una psicología para perturbados (a la que llamaba *clinical psy-*

En efecto, hablar de psicología profunda implicaba la existencia de contenidos latentes que, reprimidos en las “profundidades” del inconsciente, determinaban la vida psíquica, y esto se situaba en las antípodas de una concepción fenomenológica del sentido.

¹³ Aquí Ravagnan construía una curiosa filiación para esta vertiente social, que iba desde James hasta Sartre, pasando por Scheler, Gusdorf y Merleau-Ponty (Ravagnan, 1958a: 99). Por otra parte, ya hemos marcado las diferencias que Ravagnan tenía con las ideas de Sartre respecto de la relación intersubjetiva.

chology) (Vilanova, 1990). En 1961, en las páginas de *La Nación*, en un artículo sobre “La dimensión clínica en psicología”, nuestro autor calificaba a ese acontecimiento de “crucial” para la historia de la disciplina, por haber dado una denominación a aquello que hacían los “técnicos” de la psicología en el seno de ciertos equipos de trabajo “instituidos por médicos y psiquiatras con el fin de interpretar los problemas de conducta” (Ravagnan, 1961b: 3).

Pero como superación de esos inicios, de la psicología clínica de Witmer y de la psicología diferencial de McKeen Cattell, nuestro autor se hacía eco de la obra del psicoanalista francés Daniel Lagache. Este último, después de hacerse cargo de la cátedra de *Psicología General* de la Sorbona en 1947 (año en que se creó en Francia la primera licenciatura en psicología), había tenido que fundar una nueva tradición psicológica universitaria que en alguna medida diera respuesta a las expectativas profesionales de los futuros psicólogos. En 1958, al hacerse cargo de su cátedra de Introducción a la Psicología en la Universidad Nacional de La Plata, Ravagnan estaba en una posición bastante similar a la de Lagache. La carrera de Psicología acababa de ser creada (no sólo en La Plata, sino también en Buenos Aires, Rosario, Córdoba y San Luis). Tampoco había en Argentina una tradición psicológica reciente que estuviera a tono con las necesidades y las ideas de la época. Por eso, la síntesis teórica realizada por Lagache parecía un vestido hecho a medida y *prêt à porter*, en tanto que no solo fundaba una nueva psicología propiamente universitaria, sino que lo hacía en un lenguaje que articulaba la tradición humanística tan apreciada por Ravagnan con una vocación científica. Por otra parte, en esa nueva psicología, el psicoanálisis, privado del determinismo inconsciente y las exigencias pulsionales, quedaba tan disuelto que era difícil de reconocer, siendo entonces fácilmente aceptable para nuestro autor.

Lagache, que era a la vez filósofo y médico, necesitaba inscribir su propia empresa teórica en el marco de la psicología científica, cuyo máximo representante era en ese momento Henri Piéron, quien sería miembro fundador y primer presidente de la Unión Internacional de Psicología Científica (I.U.Psy.S). Y fue precisamente a Piéron a quién hábilmente Lagache dedicó su libro más famoso:

L'Unité de la psychologie, manifiesto programático aparecido en 1949, donde reescribía su clase inaugural en la Sorbona. Allí planteaba su proyecto de unidad para la psicología, que proponía a la conducta como su único objeto, capaz de sintetizar los diferentes enfoques de las psicologías objetivas y humanistas (a saber, los métodos experimental y clínico). No se refería a la conducta tal como la había definido el behaviorismo norteamericano, sino más bien a una tradición comportamental propiamente francesa, que se iniciaba con Janet y Piéron, se continuaba con Merleau-Ponty y desembocaba en él mismo (Dagfal, 2011). Lagache iba mucho más allá de la definición estrecha de la conducta esbozada por Watson, para ampliarla a partir de una consideración que incluía los aportes del neoconductismo, la fenomenología (particularmente de Jaspers), la biología humana (Kurt Goldstein) y la Gestalt (incluyendo en este rubro a la teoría del campo de Kurt Lewin).

Este proyecto de unidad, tan ambicioso como ecléctico, fue agudamente criticado desde el exterior de la disciplina.¹⁴ Sin embargo, puertas adentro, se constituyó en el caballo de batalla de una psicología que en Francia lograba rápidamente su autonomía disciplinar y profesional. En otros términos, podría decirse que ese proyecto de unidad vehiculó el reconocimiento social y la legitimidad profesional de la psicología francesa, pese a –o más bien gracias a– ciertos compromisos teóricos. De este modo, Daniel Lagache le aportaba a Ravagnan una referencia triplemente valiosa. En primer lugar, encarnaba el legado de una psicología triunfante, que se abría paso entre la medicina, la biología y la filosofía. Por otra parte, no era en cualquier lugar que se producía este “triumfo”, sino en Francia, la meca misma de la intelectualidad argentina. Por último, Lagache ya gozaba de cierta aceptación en los medios “psi” locales. Enrique Pichon Rivière, miembro del grupo fundador de la Asociación Psicoanalítica Argentina, lo citaba a menudo en sus concurridos semi-

¹⁴ Primero, su propio ex-compañero de l'École Normale Supérieure, Georges Canguilhem, lo tomaría como objeto central de una demoledora crítica en la conferencia *¿Qué es la psicología?*, pronunciada en 1956 y publicada en Argentina en 1958 (ver nota 7). Luego, Jacques Lacan, su *partenaire* y rival en la Sociedad Francesa de Psicoanálisis, se encargaría sistemáticamente de refutar su concepción de la personalidad (Lacan, 1958).

narios. Su discípulo José Bleger (que por entonces enseñaba en la Carrera de Psicología de la UBA la misma asignatura que Ravagnan en la UNLP), ya lo había incluido en sus primeros programas.¹⁵ De tal suerte, en esos años, Lagache sería uno de los autores más leídos por las primeras promociones de estudiantes de psicología.

Ravagnan abrazaba entonces un ideario que no solo le resultaba muy conveniente, sino que además resumía en cierto modo su propio itinerario intelectual. Si bien él no era filósofo y médico, como Lagache, al menos era doctor en odontología (carrera que había estudiado en la Escuela de Odontología dependiente de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires). Por ello, junto a sus ideas filosóficas, no dejaba de rescatar la importancia del cuerpo, por su significación, obviamente, pero también en su materialidad, que él conocía muy bien. Como a la mayoría de los psiquiatras de la época, le resultaba relativamente sencillo adherir a las ideas neurobiológicas de Rof Carballo y a la psicósomática de López Ibor (autores españoles en boga) o a la biología humana de Paul Chauchard. Mucho más fácil, en efecto, que digerir las ideas psicoanalíticas, que nunca tuvieron mayor arraigo dentro de la currícula de la Facultad de Medicina.

Sin embargo, había un punto en el que Ravagnan no seguía las ideas de Lagache. El profesor francés, junto con Lacan, había abierto a los psicólogos las puertas de la Sociedad Francesa de Psicoanálisis, en franca oposición a la intransigencia norteamericana respecto del “análisis profano”. Para Ravagnan, no obstante, psicología clínica no era sinónimo de psicoterapia, y menos aún de psicoanálisis. En principio, consideraba que la psicoterapia era un dominio profesional de la medicina, que debía basarse también en un fundamento filosófico. Es decir, para entender la particularidad humana y ejercer la psicoterapia, los médicos –y no los psicólogos– debían nutrirse de la fenomenología existencial. Por su parte, el psicólogo clínico no debía aspirar a “una labor psicoterapéutica que le estaba vedada por obvios fundamentos profesionales” (Ravagnan, 1961b: 3). En

¹⁵ Poco tiempo después, en 1963, Bleger plasmaría su propio proyecto de unidad en *Psicología de la conducta*, en gran parte basado en la teoría general de la conducta propuesta por Lagache.

este sentido, su posición no difería demasiado de la de Marcos Victoria (primer director de la Carrera de Psicología de la UBA) en lo que respecta a sus fundamentos teóricos y deontológicos, aunque sí en su tono. Por oposición a Victoria, que había sido un acérrimo defensor de las incumbencias médicas en el campo de la clínica (lo cual lógicamente le había valido el rechazo de los estudiantes de psicología),

Ravagnan tenía una posición más bien conciliadora.

En una ponencia presentada en la Tercera Conferencia Argentina de Asistencia Psiquiátrica, que tuvo lugar en Mendoza, en 1959, llevó la voz cantante de una pequeña delegación de médicos profesores de psicología (con la salvedad de que él mismo, según vimos, no era médico sino odontólogo). En ese evento, en el que *establishment* psiquiátrico se aprestaba a discutir sobre la “amenaza inminente” que representaban los futuros psicólogos, uno de los temas convocantes era el de los “títulos habilitantes para el tratamiento del enfermo psíquico”.¹⁶ Allí presentó Ravagnan un trabajo sobre “Formación y función del psicólogo”, que implicaba un guiño tranquilizador para los psiquiatras, tanto más cuanto que lo acompañaban tres médicos de extracción diversa (Fernanda Monasterio, Edgardo Rolla y Carolina Tobar García), que sólo tenían en común el hecho de ser profesores en las carreras de psicología de la UNLP y la UBA. El mensaje era claro: por múltiples razones, los psiquiatras no debían inquietarse. Si bien era cierto que la “desafortunada expresión” de psicología clínica podía prestarse a malentendidos, la formación de las carreras no apuntaba en absoluto hacia el ejercicio de las psicoterapias, ya que se concebía al psicólogo como un “antropólogo”, como un “investigador de la personalidad” –cuya función era la de interpretar la conducta– y no como a un terapeuta. En todo caso, tenía una importante función que desempeñar, pero en el seno de un equipo de trabajo, al lado del médico y del trabajador social, para quienes era un “colaborador útil” (Ravagnan *et al.*, 1961).

Volviendo al mencionado artículo de *La Nación*, de 1961, allí completaría nuestro autor sus ideas sobre el rol del psicólogo en función clínica. Según él, la interpretación de la conducta propuesta

¹⁶ Para mayor información sobre este tema véase Borinsky, 1999a.

por Lagache implicaba “un minucioso programa de labor médico-psicológica que logra abrazar sin residuos la estructura singular del sujeto” (Ravagnan, 1961b: 3). Para llevar a cabo esta “labor cooperativa”, Ravagnan reclamaba la imprescindible creación de clínicas de conducta, con equipos de trabajo constituidos por “diversos especialistas en ciencias humanas: neurólogos, psiquiatras, psicoanalistas, psicólogos, trabajadores sociales, etc.”. En este marco, el psicólogo debía ser a la vez el hermeneuta que explorase las significaciones de la conducta y el sabio humanista que restituyera la dimensión global y concreta que los especialistas podían llegar a perder de vista (a causa de “desviaciones dogmáticas” y “abstracciones prematuras”). No era un mero ayudante encargado de pruebas psicométricas, sino “un puente entre el psiquiatra, el analista y el neurólogo”. Al mismo tiempo, tenía que desempeñar esta difícil tarea “sin rebasar el ámbito de su acción hacia otros dominios”.

En resumen, el psicólogo tenía una misión casi imposible: era un colaborador útil, sin ser un mero testista; era un “moderador” de especialistas que no debía extralimitarse, y era a su vez un “especialista formado científicamente” que no podía recurrir a generalizaciones ni a reducciones matemáticas. En definitiva, este ideal de templanza para el trabajo en grupo implicaba una síntesis imposible. En virtud de su saber específico, el psicólogo tenía que reconstruir la unidad de la conducta, extrayendo su sentido a partir de todas sus manifestaciones fragmentarias, para ofrecérselo al psiquiatra que, en última instancia, era quien conducía el tratamiento.

En la práctica, más allá de la voluntad de Ravagnan, no fueron tantos los lugares donde el mentado trabajo en equipo se hizo realidad (como el Servicio de Psicopatología del Policlínico de Lanús, o la Dirección de Psicología Educativa de la Provincia de Buenos Aires). Incluso en esos casos, las tareas terminaron dividiéndose, pero no de la manera compleja propuesta por nuestro autor. Los psicólogos, mujeres en su mayoría, tomaban tests y ejercían la psicoterapia (en particular el psicoanálisis). Los psiquiatras les derivaban los casos que preferían no tratar: niños y adolescentes, primero, parejas, después, adultos, en definitiva. La clínica, así entendida, se afirmaba como un dominio profesional característico del psicólogo, cuando,

paradójicamente, se promulgó en 1967 el Decreto-Ley 17.132 de “Ejercicio profesional de la medicina”, que penalizaba el ejercicio de la psicoterapia y del psicoanálisis por parte de los no médicos.

Comentarios finales

En el año 1964, Luis María Ravagnan fue nombrado Jefe del Departamento de Psicología de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la UNLP. Durante su breve gestión se creó la *Revista de Psicología*, primera publicación específicamente psicológica surgida de las carreras que acababan de ser creadas. En 1965, poco antes de jubilarse, asistió al II Congreso Argentino de Psicología, en la ciudad de San Luis. Allí presentó un trabajo titulado “Reencuentro psicológico con la filosofía” (Ravagnan, 1966), que parecía una expresión de deseos un tanto nostálgica, en la medida en que en ese momento la psicología tendía cada vez más a la especialización, cuando no a la tecnificación. Como lo señala Borinsky (1999b), los temas fundamentales del Congreso fueron “los problemas de la técnica en diferentes direcciones psicoterapéuticas”, “la medida en psicología como orientación matemática en las ciencias del hombre” y “las áreas y tareas de la psicología educacional”. En los once años transcurridos desde el Primer Congreso Argentino de Psicología de 1954 –en el que, según vimos, Ravagnan tuvo un papel central–, la psicología había avanzado rápidamente en su proceso de profesionalización. Luego de la creación de las carreras y del egreso de los primeros graduados, poco parecían importar las preocupaciones teóricas (sobre todo epistemológicas e históricas) que habían guiado a los organizadores de aquel primer evento, muchos de los cuales provenían de la filosofía. En San Luis, en 1965, la mayoría de los trabajos presentados se referían al psicólogo ya sea como administrador e intérprete de tests (psicométricos o proyectivos) o como psicoterapeuta (generalmente “de base psicoanalítica”).¹⁷

¹⁷ Sin embargo, hay que destacar el hecho de que las proporciones habrían sido muy distintas si el congreso se hubiera realizado en Buenos Aires, Córdoba o Rosario. San Luis era en ese entonces prácticamente el único centro académico



En ese contexto, a primera vista, el llamado de Ravagnan a concebir la psicología como una ciencia de la singularidad, que no se basara en generalizaciones estadístico-matemáticas ni en el psicoanálisis, parecía condenado a un doble fracaso. Por un lado, el psicoanálisis se afirmaba claramente como la matriz teórica fundamental de los psicólogos dedicados a la clínica. Por el otro, los tests mentales se erigían en el modelo de cientificidad y de reconocimiento social de los psicólogos, cada vez más demandados en virtud de un conjunto de saberes específicos que les permitían cuantificar, evaluar y operar en los diversos dominios de aplicación de la psicología (educacional, forense, laboral, organizacional, etc.). No obstante, una mirada más atenta también podría ver una victoria parcial en este llamamiento de Ravagnan, aparentemente “nostálgico”. En efecto, sería difícil negar que en la base de la compleja construcción de los discursos de la psicología argentina de los años 60 primó una voluntad humanista y ecléctica que, renuente a toda ortodoxia, estaba animada por una visión filosófica totalizadora de la existencia humana. Y esa visión, indudablemente, era tributaria de la fenomenología y el existencialismo a los que se había consagrado nuestro autor y a cuya difusión había contribuido activamente. Si bien es obvio que Merleau-Ponty y Sartre, por caso, no fueron las principales referencias teóricas de los jóvenes psicólogos a la hora de desarrollar una práctica profesional, no puede desconocerse que ellos estaban atravesados por esas obras.

Al decir de Hyppolite (1950), el existencialismo era “una atmósfera común a pensadores muy diferentes más que una cierta filosofía particular”. Del mismo modo, agregamos, la fenomenología existencial no implicaba una teoría de referencia para la resolución de problemas específicos, sino un conjunto de supuestos filosóficos subyacentes que determinaban la aceptación o el rechazo de determinadas nociones teóricas. Categorías como “la experiencia vivida”, “el cuerpo-sujeto”, “el ser en el mundo” o “lo concreto”, funcionaban como catalizadores, como suelo fértil para

argentino donde la tradición psicológica norteamericana (comportamental y objetivista) había desempeñado un rol preponderante. En contrapartida, la importancia del psicoanálisis era mucho menor que en otras ciudades.

la implantación de algunas ideas, y como barrera defensiva contra la recepción de otras. En consecuencia, así como hablamos más arriba del psicoanálisis como “matriz teórica”, podríamos hablar de la fenomenología existencial como una “matriz filosófica”. En la compleja trama discursiva de la psicología argentina de los 60, ambas matrices tendían a articularse en la búsqueda de una “descripción multidimensional”, de una aprehensión omnicomprensiva de la experiencia, que bajo el imperativo categórico de la totalización no parecía inhibirse demasiado por problemas epistemológicos. Así, el psicólogo que atendía un paciente podía entrevistarle dentro de un encuadre analítico ortodoxo, realizar el diagnóstico a través de tests proyectivos, y conducir el tratamiento según los preceptos de la analítica existencial combinados con las interpretaciones kleinianas, sin que ello pareciera extravagante o inapropiado.

Para concluir, si bien Luis María Ravagnan nunca llegó a producir un sistema de ideas “propio”, una síntesis teórica completamente original, justo sería reconocer que cada uno de sus trabajos implicó una puesta al día del estado de la cuestión sobre el tema escogido. Puesta al día que solía ser tan adecuada como erudita. En ese sentido, su papel de introductor y difusor de la obra de Merleau-Ponty cumplió un papel importante en la construcción de los discursos de la psicología académica argentina, no solo en la universidad sino también en las escuelas secundarias, donde tanto sus “manuales” de 1948 y 1965 como la *Psicología de la conducta* de Bleger (1963) llegaron a ser referencias imprescindibles.¹⁸ Sin embargo, más allá de la ciudad de La Plata, este doctor en odontología devenido profesor de filosofía y luego profesor de psicología nunca tuvo una notoriedad acorde con su producción. Para los filósofos era un psicólogo, y para los psicólogos nunca dejó de ser un filósofo o, en todo caso, un académico brillante que no alcanzaba a dar respuestas concretas a los interrogantes que planteaba la psicología como una nueva profesión.

¹⁸ En otro trabajo hemos comparado los proyectos teóricos y profesionales de Ravagnan y Bleger, mostrando de qué manera “recepionaban” a los mismos autores franceses pero de maneras muy diferentes (Dagfal, 2009).

Bibliografía de Luis María Ravagnan

Libros

(1937). *La impresión de “ya visto”* (traducción comentada del ensayo de Henri Bergson). Buenos Aires: Academia Literaria del Plata.

(1948a). *Los métodos de la psicología*. Buenos Aires: El Ateneo.

Incluye:

-“Los métodos de la psicología” (publicado en *Revista de Educación*, 3 y 6, 1945)

-“Temperamento y carácter” (1942)

(1951). *Los métodos de la psicología y otros ensayos* (segunda edición aumentada). Buenos Aires: El Ateneo. Incluye:

-“Los métodos de la psicología” (1945)

-“Temperamento y carácter” (1942)

-“A propósito del hombre” (1946)

-“Ideas sobre el alma” (1948d)

-“La esencia de la biografía” (1948b)

(1952a). *La unidad psicofísica*. UBA: Monografías Psicológicas, 7.

(1958a). *Problemas psicológicos contemporáneos*. Buenos Aires: Nova. Incluye:

-“Conducta y dinámica corporal” (1956a)

-“La unidad psicofísica” (1952a)

-“El cuerpo y la sexualidad: el enfoque fenomenológico de M. Merleau-Ponty”

-“Existencia y carácter” (1952b)

-“A propósito de la investigación psicológica”

(1959a). *Los métodos de la psicología*. Buenos Aires: Nova.

Incluye:

-“Los métodos de la psicología” (1945)

-“A propósito del hombre” (1946)

-“Ideas sobre el alma” (1948d)

-“La esencia de la biografía” (1948b)

(1965a). *Introducción a la psicología*. Buenos Aires: Kapelusz.

(1965b). *Temas fenomenológicos*. La Plata: Departamento de Psicología UNLP.

- (1969). *Psicología existencial*. Buenos Aires: Nova (es en realidad una segunda edición aumentada de *Temas fenomenológicos* (1965b))
- (1974). *La psicología fenomenológica: Maurice Merleau-Ponty*. Buenos Aires: Paidós.
- (1977). *El psicólogo y la psicología*. Buenos Aires: Eudeba.
- (1981). *El origen de la angustia*. Buenos Aires: Eudeba.
- (1992). *Merleau-Ponty*. Buenos Aires: CEAL.

Artículos publicados en libros y revistas

- (1942). “Una introducción al estudio de la caracterología”. *Revista de la Universidad*, 13, (pp. 210-225). Universidad Nacional del Litoral.
- (1952b). “Existencialismo y caracterología”. *Notas y Estudios de Filosofía*, (3),11, (pp. 253-257).
- (1952c). “El maestro y la cultura”. *Revista de Educación*, 11, (pp. 353-356).
- (1956a). “Conducta y dinámica corporal”. *Revista de Educación*, 6, (pp. 619-627). Trabajo presentado en el Primer Congreso Argentino de Psicología, en 1954.
- (1956b). “A propósito de la Gestaltheorie”. *Revista de Educación*, 10, (pp. 62-66).
- (1957a). “Los sueños y su significado”. *Revista de Educación*, 6, (pp. 120-124).
- (1957b). “La formación del psicólogo educacional”. *Revista de Educación*, 9, (pp. 550-555).
- (1957c). “El maestro y la cultura”. *Revista de Educación*, 11, (pp. 353-356).
- (1957d). “Maurice Merleau-Ponty: La Structure du comportement”. *Revista de Educación*, 6, (pp. 610-614).
- (1958b). “Asistencia médico-psicológica de la minoridad”. *Revista de Educación*, 4, (pp. 46-49).
- (1958c). “Acerca del esquema corporal”. *Revista de Educación*, 10, (pp. 66-70).
- (1958d). “El niño que delinque”. *Revista de Educación*, 4, (pp. 72-76).

- (1959b). “Dimensión científica de la psicología”. *Revista de Educación*, 2, (pp. 256-260).
- (1960a). “Tendencias actuales de la psicología”. *Revista de la UNLP*, 6, (pp. 63-77).
- (1960b). “La psicología fenomenológica: M. Merleau-Ponty”. En Edna Heidbreder, *Psicologías del siglo XX*, (pp. 487-505). Buenos Aires: Paidós.
- (1965c). “Concepción fenomenológica del ‘campo’ de la conciencia”. *Revista de Psicología*, 2, (pp. 49-54).
- (1966). “Reencuentro psicológico con la filosofía”. *Revista de Psicología*, 3, (pp. 77-80).

Artículos publicados en el Diario La Nación

- (1944). “Pascal, la condición del hombre”. *La Nación*, 28 de mayo.
- (1946). “¿Qué es el hombre? Cassirer y Max Scheler”. *La Nación*, 4 de agosto.
- (1947a). “El sentido de la soledad”. *La Nación*, agosto.
- (1947b). “Maurice Blondel”. *La Nación*, 26 de octubre.
- (1947c). “Maurice Blondel: la práctica literal”. *La Nación*, 14 de diciembre.
- (1948b). “Sobre la esencia de la biografía”. *La Nación*, 28 de marzo.
- (1948c). “La otra realidad”. *La Nación*, 22 de agosto.
- (1948d). “El concepto de alma en la psicología de A. Messer”. *La Nación*, 28 de noviembre.
- (1949a). “El tiempo y el instante”. *La Nación*, 8 de mayo.
- (1949b). “Los problemas de la caracterología”. *La Nación*, 6 de noviembre.
- (1959c). “Maurice Merleau-Ponty y la psicología fenomenológica”. *La Nación*, 29 de marzo.
- (1959d). “El concepto de espíritu en Kurt Goldstein”. *La Nación*, 6 de septiembre.
- (1960c). “El sueño y la existencia”. *La Nación*, 30 de abril.

- (1960d). “Eysenck frente al Psicoanálisis”. *La Nación*, 7 de septiembre.
- (1961b). “La dimensión clínica en Psicología”. *La Nación*, 7 de mayo.

Artículos publicados en colaboración

- Ravagnan, L.M.; Monasterio, F.; Rolla, E. y Tobar García, C. (1961). “Formación y función del psicólogo”. En *Humanidades*, 38, (pp. 258-263). Trabajo originalmente presentado en la Tercera Conferencia Argentina de Asistencia Psiquiátrica, que tuvo lugar en Mendoza, en 1959.

Referencias bibliográficas

- Bergson, H. (1938). *L'Énergie spirituelle*. Paris: Alcan.
- Bleger, J. (1963). *Psicología de la conducta*. Buenos Aires: Eudeba.
- Borinsky, M. (1999a). “La disputa por la psicoterapia: la encrucijada de la psicología entre la crisis de la psiquiatría y el psicoanálisis”. En Informe final de beca de iniciación. Buenos Aires: CONICET.
- Borinsky, M. (1999b). “Un corte sincrónico en el estudio de la conformación de un campo profesional: el 2.º Congreso Argentino de Psicología”. En Informe final de beca de iniciación. Buenos Aires: CONICET.
- Burloud, A. (1927). *La pensée d'après les recherches expérimentales de Watt, Messer et Bühler*. Paris: Alcan.
- Collins, H. (1894). *Résumé de la philosophie de Herbert Spencer*. Paris: Alcan.
- Dagfal, A. (2009). *Entre París y Buenos Aires. La invención del psicólogo (1942-1966)*. Buenos Aires: Paidós.
- Dagfal, A. (2011). *Psychanalyse et psychologie. Paris-Londres-Buenos Aires*. Paris: Campagne Première.
- Descombes, V. (1988). *Lo mismo y lo otro: cuarenta y cinco años de*

- filosofía francesa (1933-1978)*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Hypolite, J. (1950). “Du bergsonisme à l’existentialisme”. En *Actas del Primer Congreso Nacional de Filosofía* (pp. 442-445). Mendoza.
- Klappenbach, H. (2009). “La psicología argentina al promediar el siglo XX: la figura de Luis María Ravagnan”. *Memorandum*, 17, (pp. 74-87).
- Lacan, J. [1958] (1987). “Observación sobre el informe de Daniel Lagache: ‘Psicoanálisis y estructura de la personalidad’”. En *Escritos II. Siglo XXI*: Buenos Aires. (627-664).
- Lacan, J. [1964] (1987). *El seminario: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* (Clase 7: “La anamorfosis”). Buenos Aires: Paidós.
- Lagache, D. [1949] (1980). *La unidad de la psicología*. Buenos Aires: Paidós (2.^a edición).
- Merleau-Ponty, M. [1942] (1949). *La Structure du comportement*. París: Alcan (2.^a edición).
- Merleau-Ponty, M. [1945] (1993). *Fenomenología de la percepción*. Buenos Aires: Planeta.
- Merleau-Ponty, M. (1960). *Signes*. París: Gallimard.
- Pucciarelli, E. (1937a). “Introducción a la filosofía de Dilthey”. *Revista del Centro de Estudios Filosóficos*. La Plata: UNLP.
- Pucciarelli, E. (1937b). “Psicología de la estructura”. *Revista del Centro de Estudios Filosóficos*. La Plata: UNLP.
- Ravagnan, L.M. (1958e). Programa de Introducción a la Psicología. FAHCE, UNLP.
- Ravagnan, L. M. (1961a). Programa de Psicología Contemporánea. FAHCE, UNLP.
- Ribot, T. (1932). *La psychologie allemande contemporaine*. París: Alcan.
- Romero, F. (1941). *Filosofía contemporánea*. Buenos Aires: Lo-sada.
- Roudinesco, É. (1993). *La batalla de cien años*. Madrid: Editorial Fundamentos.
- Vilanova, A. (1990). “Historia de la psicología clínica”. *Boletín Argentino de Psicología*, (3), 6, (pp. 7-19).